

## **UMBRAL**

### **EN BRASIL LA IGLESIA ENTERA SE MIRÓ AL ESPEJO.**

Pbro. Dr. Manuel Olimón Nolasco.

La experiencia directa de estar en la multitud o cerca del Papa Francisco en Río de Janeiro o en Aparecida no puede ser suplida por lo que pudimos ver en la televisión o leer en los periódicos. Pero la transmisión ininterrumpida de la señal televisiva del Vaticano y los excelentes boletines escritos del Servicio Informativo, nos permiten un acercamiento válido, trasmisor de emociones e incentivos para reflexionar a quienes no pudimos estar en medio de la vitalidad extraordinaria de los días coloridos de la Jornada Mundial de la Juventud en que Brasil fue faro del mundo.

Primeramente, apareció a todas luces el rostro contrastante del enorme país: plural hacia adentro e identificado en el mundo; festivo y alegre y a la vez sufrido y nostálgico; la calidad y modernidad de su arquitectura, diseño y coreografía y el “pequeño caos” de las “favelas” de construcciones desordenadas y tristes; la dirigencia empresarial y política generalmente criolla (herederos de portugueses, de inmigrantes alemanes, ucranianos, polacos, libaneses) y la población negra y mestiza. Todos y en todas partes se mostraron sensibles al Papa “que se atrevió a tocar la puerta de sus casas y sobre todo de su corazón.” La escena del pueblo joven llegado de todas partes y concentrado en la playa de Copacabana parecía la víspera del Éxodo bíblico que atravesaría el Mar Rojo “a pie enjuto.”

Viajó para estar cerca de un pueblo que ha sido capaz de vivir la pluralidad y la creatividad, de una Iglesia “que ha recibido y aplicado con originalidad el Concilio Vaticano II y que, aunque ha debido superar algunas enfermedades infantiles, ha llevado gradualmente a una Iglesia más madura, generosa y misionera.”

Una y otra vez insistió en la importancia de los jóvenes, tesoro de inquietudes y porvenir, pero también víctimas posibles de manipulación y amenazados por el aplastante proceso de exclusión y descarte que proviene de una cultura que pretende hacer valer sólo la utilidad inmediata y el dinero. Pero también enfatizó la importancia de los ancianos—“los abuelos sabios”—para la transmisión de una cultura de identidad y arraigo, sin la que el futuro es ilusión o utopía. Incluso puso a Benedicto XVI, cercano todavía pero no intruso, como ejemplo de “abuelo sabio.”

Se mostró, sin alardes, creyente en la oración. La que él hace por el gran pueblo encomendado y la que pide al pueblo que haga por él, por la Iglesia y el mundo. En el

santuario de la Virgen Aparecida y en su reunión con los obispos señaló “cómo Dios le había dado su Madre a Brasil.” Hablando sobre la legítima libertad que los laicos han de vivir en la Iglesia, enfocó la mirada a las manifestaciones religiosas populares: “Existe en nuestras tierras una forma de libertad laical a través de experiencias como pueblo...La propuesta de los grupos bíblicos, de las comunidades eclesiales de base y de los consejos pastorales va en la línea de superación del clericalismo...”

Todas sus homilías, conversaciones y discursos fueron afectuosos, sensibles y profundos. Sin embargo, las palabras en el encuentro con el Comité de Coordinación del CELAM el 28 de julio se elevaron como programa para la Iglesia entera, siempre necesitada de reforma a la luz de la voluntad de Jesucristo y en estos tiempos claramente puesta ante esta necesidad.

Pertenecer a la Iglesia es ante todo “creer en Jesucristo portador del Reino de Dios, en su irrupción en el mundo, en su presencia victoriosa sobre el mal, en la asistencia y conducción del Espíritu.” Y, como buen jesuita, apuntó unas líneas de discernimiento, es decir, de separación de los modelos inspiradores de la conducta humana procedentes del mal o del Bien: El mensaje evangélico puede convertirse en una ideología, mirada parcial e interesada a la medida de la mediocridad; puede ser tomado como autosatisfacción psicológica en la que Jesús es “mi salvador personal” al estilo del individualismo protestante; puede confundirse con una doctrina que ilustra la mente pero no baja a la vida y menos al cambio frente a los apremios de la humanidad; puede estar al servicio de una “espiritualidad superior”, apta sólo para algunos; ser instrumento de rigidez y falsa seguridad en busca de “recuperar un pasado perdido” o de encerramiento en “una concepción funcionalista que no tolera el misterio, va a la eficacia y reduce la realidad de la Iglesia a la estructura de una ONG: lo que vale es el resultado constatable y las estadísticas.” Teniendo presente la figura de la Iglesia como pueblo y familia de Dios, alertó sobre la tentación del clericalismo que “explica en gran parte la falta de adultez y de cristiana libertad en buena parte del laicado latinoamericano.” Y a manera de advertencia expresó: “Toda proyección utópica (hacia el futuro) o restauracionista (hacia el pasado) no es del buen espíritu. Dios es real y se manifiesta en el ‘hoy.’”

A nadie a quien le lata el corazón y sea capaz de abrir los ojos y los oídos al paso de Dios por nuestro mundo lo dejarán indiferentes las actitudes y las palabras del Papa Francisco. Y a quienes con diversos ministerios servimos en el círculo interior de la Iglesia nos toca meditar con constancia e implementar con ardor los caminos que el propio Jesucristo traza entre nosotros pero no sin nosotros, viéndonos al espejo, “sin miedo a la

noche” en “una Iglesia que vuelva a traer calor, a encender el corazón”, como en el sendero de ida y vuelta de Jerusalén a Emaús de aquellos discípulos apesadumbrados por sus falsas esperanzas e ilusiones, que hablaban de Jesús como de un muerto.



**olimon.org**

**manuel olimón nolasco**

**historiador**

